Año 1949

19

Diario de Burgos 19 abril

El mejor criminal del Mundo

Por Joaquín CALVO SOTELO

Charles Quincey no hubiera dedicado ni una linea de su libro, más famoso por su título que por su texto, "El asesinato considerado como una de las bellas artes", a este John Haig, acusado de haber dado muerte a seis o siete mujeres, bebido su sangre con cañita, a la manera de una limonada --la metáfora es del criminal-- y heredado los bienes que les pertenecían, pero yo confío en que cualquier economista se ocupe de tan extraño sujeto con la atención que merece porque, hasta hoy, no se ha conocido una técnica del aprovechamiento integral del crimen comparable a la suya.

El crimen es función habitualmente costosa. En ocasiones hay que pagarla con la pena capital, en otras con cadena perpetua, o con prisión mayor si hay suertecilla. A despecho de la gravedad de estas conminaciones de la ley, muchos se desentienden de su amenaza y, por procedimientos más o menos expeditivos, eliminan a uno o varios de sus semejantes. Impulsos pasionales, que los jurados perdonan, mueven con frecuencia el brazo homicida. Se odia a Fulano o a Fulana, no puede uno contenerse y... ya se sabe: el pistoletazo, el hachazo o el tóxico, según de la vena que se esté, concluyen con Fulana o con Fulano. (Recordamos aquellos titulares de un periódico mejicano: "Mata a su padre sin causa justificada.") Otras veces, se codician bienes de los que Fulana o Fulano son custodios. Incomprensivamente, ninguno de los dos da facilidades para que un tercero los comparta. Hay que arrebatárselos por la fuerza. Así vienen a las páginas de sucesos, el Capitán Sánchez, el expreso de Andalucía, Petiot y Landrú. En ciertos casos el crimen, por sí sólo, procura inefables placeres a quien lo comete.

¿Quién es capaz de privarse de un gusto? Jack el Destripador y el vampiro de Dusseldorf, explican sus lecciones respectivas y sanseacabó. La pasión, el robo y el sadismo son, pues, los móviles inspiradores de muchas páginas terribles. Pero en John Haig coinciden todos ellos y, tan sorprendente monstruo, en un "glisando" intachable, va de la pura química de barman con el plasma de sus víctimas, al complicado manejo de los derechos reales. Ni un desperdicio, nada sin aprovechar... Primero, el odio. "Esta Mme. Durand era tan antipática..." Después del deleite del asesinato, a continuación el del aperitivo. Por último el income tax y enseguida, la herencia. Petiot, Landrú, asesinaban porque el asesinato era imprescindible para conseguir sus objetivos. El Sacamantecas *porque le divertía. Juan José "porque era suya". Pero John Haig es de* hechura distinta. Aunque Mme. Durand se mostrara dispuesta a cederle sus bienes sin malos modos, John Haig seguiría insatisfecho. No le bastaría. Y de esa aorta, señora --sugeriría él-- ¿no sería posible un anticipo...?

John Haig va a comparecer una de estas semanas ante los empelucados jueces de Inglaterra y la sala, según es tradicional, se llenará de mujeres. Porque las mujeres acuden siempre a ver cómo es el que fascinó a las otras para afirmarse de que, con ellas, se hubiera estrellado, si bien no advierten que su curiosidad es ya un principio de derrota; y una próxima mañana cualquiera John Haig dará fin a su historia. Ah, señores... Morirá ese día el mejor criminal que ha conocido el siglo y yo le otorgo ese calificativo a conciencia, porque no ando muy de acuerdo con que se llame a Dimas el buen ladrón ya que, dado su natural, se me ocurre que, como ladrón, fué mejor el otro, aunque como ser humano, no, y, de la misma forma entiendo que, mejor criminal que John Haig no se le encuentra en muchas leguas y en muchos años a la redonda. Sí, sí... Difícil será de igualar en el futuro. Y a este John Haig, del que la estética del asesinato tiene poco que aprender y al que Charles Quincey ignoraría con justicia la ciencia del aprovechamiento integral del crimen ha de considerarle, por largo tiempo, como uno de sus más geniales catedráticos.